

los planes de los primeros, de las combinaciones de los segundos, y de las exigencias desmedidas de los últimos, todos dirán á una voz, si obran con imparcialidad, que la amnistía era el único desenlace que se presentaba al nuevo Pontífice-Rey, y el medio providencial de que Dios se valió para probar una vez más al mundo, que en todas partes las mismas causas producen idénticos efectos.

Lo que siguió es muy sabido de todos. . . . . ; pero señores, no sucedió por la amnistía, sino á pesar de la amnistía, ó para abrazar todos los sucesos infaustos del primer bienio, por el abuso de la bondad del mejor de los padres, y del mejor de todos los soberanos.

Releguemos al olvido por absurdas, las invenciones mas crueles dirigidas á denigrar la memoria de Gregorio XVI y á calumniar la conducta de sus adictos; y asentemos como principio, que la revolucion de 1848 nada prueba contra la sabiduría del papado; y ménos contra la persona de Pio IX, á quien léjos de humillar exaltó, porque asediado por los rebeldes, supo librarse de sus lazos seductores, llegando la firmeza del Padre Santo al último grado de heroicidad, cuando escribió á uno de los principales jefes de la revolucion (5): "Declaramos altamente que todos nuestros cuidados, todos nuestros pensamientos y todos nuestros esfuerzos, son extraños en lo absoluto, á cualquiera mira de una política humana, y se dirigen á una sola cosa, á difundir la religion santa de Jesucristo y su doctrina, y á que ellas resplandezcan mas y mas por toda la tierra, y á los ojos de todos los pueblos." Hé aquí al Pontífice, al Pontífice máximo. ¡Cuánta firmeza, cuánta dignidad! Pero advertid, señores, cómo ha sabido combinar el amor de padre con la rectitud y firmeza de Soberano. Estos caracteres caminan á la par y resplandecen en los pasos de toda su vida, que siempre, digan lo que quieran los opinadores en di-

(5) Mazzini.

versos sentidos, fué ensayo continuo de verdadera reforma, cuyo espíritu ha sido en todo tiempo el distintivo del papado; pero muy diferente, por no decir opuesto, al espíritu de la reforma protestante, ó de cualquiera otra reforma anticatólica.

Para demostrar que la sana reforma ha sido el *desideratum* de los pontífices romanos, debo consignar aquí, que léjos de haber pretendido destruir la obra de Gregorio XVI, al contrario, su dignísimo sucesor Pio IX la continuó y perfeccionó, confirmando la comision de jurisconsultos que debian proponer las mejoras necesarias á las leyes penales y de procedimientos, en materia criminal, y autorizando á la misma comision para extenderse á las leyes y reglamentos en materia civil.

A ese espíritu de reformar, perfeccionar y consolidar, aludía sin duda el célebre arzobispo de Paris, Monseñor Affre, cuando en Setiembre de 1847 ordenaba que se hiciesen rogativas públicas por nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX, y pedia á Dios que lo sostuviese en medio de las tribulaciones que podrian suscitarle sus generosos proyectos. "Confirmadlos, Señor, escribia el inspirado Arzobispo, y hacedlos triunfar, puesto que en los designios de vuestra providencia, no deben servir solo para útiles reformas sociales, sino tambien para asegurar la libertad de la Iglesia y facilitar la propagacion del Evangelio." "El amor, añadía el sábio Prelado, que inspira el prudente reformador de las leyes humanas, hará bendecir la sabiduría cristiana que lo anima; y los pueblos católicos se persuadirán mas y mas, de que para establecer una libertad política, firme, duradera y sin peligros, es necesario cimentarla en la fuente de donde salió para destruir el imperio romano y los pueblos bárbaros. Hoy, como en otro tiempo, solo el cristianismo puede preservarnos de la tiranía ignominiosa de las pasiones, que prepara á los pueblos corrompidos todo género de esclavitud. Hoy como en la época del primer triunfo de la Cruz, solo él puede colocar en la conciencia de los pueblos, el apoyo mas fuerte de la soberanía; y en el cora-

zon de los que mandan los pensamientos benignos que dén libertad á los pueblos, sin peligro de su gloria, de su reposo y de su verdadera prosperidad.”

¡Qué bien expresado se vé en estas palabras el espíritu que animaba al Pontífice-Rey! Un valor menos firme que el suyo se habria enervado con las ovaciones que se le hicieron, ¡cosa rara! durante un año, y en las que se confundian los gritos del reconocimiento público y los de la traicion mas negra; los gritos del amor de su pueblo y los muy seductores de los enemigos de la Religion.

## V

Parece que me he detenido mas de lo necesario en los primeros años borrascosos de un pontificado que se inauguró bajo auspicios extraños é inauditos hasta entónces. Es así en la realidad, y de intento, porque desde el principio he debido desvanecer la principal imputacion dirigida á Pio IX, por sus mismos adictos, y presentarlo libre de todo cargo en la época mas azarosa de su vida pontifical; y sin recelo, porque abrigo el íntimo convencimiento de que los hombres de mérito, los grandes génios se dejan ver siempre en su propia magnitud y principalmente en las situaciones difíciles y escabrosas, que solo una planta diestra sabe recorrer sin peligro. ¡Qué más? ¡Ah! señores, nada arredra al Pontífice, nada le detiene para continuar con perseverancia su obra colosal. ¡Cuál fué ésta? Solo él, que la concibió, puede decirlo. Bien la reveló en pocas palabras dirigidas al episcopado frances: “El supremo apostolado nos impone el deber de cuidar de todo el rebaño del Señor con sabiduría y constancia; y poseidos de una inmensa solicitud por la salud de las ovejas que nos han sido confiadas por Dios, nada

omitirémos para defender con paciencia y doctrina, los derechos y la libertad de la Iglesia católica, inculcando el dar al César lo que es del César, para que todos dén á Dios lo que es de Dios.”

El propósito fué cumplido hasta en sus últimos ápices, desde el principio al fin de su largo pontificado; sin que su firmeza y constancia se hayan debilitado, ni por la edad, ni por las defecciones de los amigos, ni por la perfidia de los enemigos, que se fueron multiplicando con el trascurso de los dias y los años.

Vuelto el Papa de Gaeta á Roma, el 12 de Abril de 1850, en medio de las ovaciones de su verdadero pueblo, de los votos de todos los católicos, y de las bendiciones del Cielo, no piensa mas en auxilios extraños para gobernar la Iglesia. Considera que las fuerzas humanas, coligadas todas, son impotentes para destruir ó sostener las obras exclusivas de Dios. Sabe por conviccion y por experiencia, que para llevar á buen término las árduas empresas, basta la proteccion del Cielo, que solo se alcanza por los ruegos de María, á cuyo amparo se acogió en Gaeta con mas fervor que ántes, desde el dia de la Purificacion; dia memorable, en que bajó de lo alto, al corazon tranquilo de Pio IX, el pensamiento de declarar, como punto dogmático, la concepcion inmaculada de la Madre de Dios. Desde entónces, ese fué el objeto á que se encaminaron de preferencia todos sus desvelos; y si consagraba su atencion á otros negocios generales de la Iglesia y á los particulares de sus Estados, era sin abandonar la idea feliz, que habia de consolar al mundo y hacer ilustre su pontificado, glorificando á María con la solemne declaracion. Seis años de continuo meditar y de un estudio profundo de las santas escrituras y de los Padres, auxiliado por los trabajos teológicos de todos los Obispos de la cristiandad, por las disertaciones de las academias y universidades, y por los escritos innumerables de los sábios de diez y nueve siglos; seis años, repito, de tan laboriosa tarea, probaron al universo que la cons-

tancia de Pio IX era inquebrantable, y que no sería jamás, ni siquiera enervada por ninguna clase de obstáculos ni de contradicciones.

Saludemos, señores, de nuevo y al borde del sepulcro del santo Papa, el día 8 de Diciembre de 1854, que ni ha tenido, ni tendrá ocaso, y cuya aurora empezó á brillar en la oscura roca de Gaeta, para iluminar, con las glorias de María, las glorias del inmortal Pontífice.—Sin dejar de ser sublime el espectáculo que éste ha presentado á la vista de todos los pueblos, por el espacio de treinta y dos años, no debe sorprender si bien se reflexiona, á los corazones verdaderamente católicos que creen en estas palabras del Espíritu de Dios: “El que me honra, será honrado; el que me glorifica en mi Madre, será glorificado.”

## VI

Para no hacernos interminables, señores, concretémonos á bosquejar á grandes rasgos, los años mas fecundos de ese largo pontificado, cuyos hechos han sido presentados bajo mil diversas formas;—cuando al celebrarse el grato aniversario de la vuelta á Roma del Sumo Gerarca, la mano de Dios lo salva milagrosamente de entre las ruinas de Santa Ines, *fuerza de los muros*;—cuando resiste á todas las sugerencias del Gobierno imperial, y á las exigencias de otros gobiernos, que solo conservan el nombre de católicos para esclavizar á la Esposa de Jesucristo;—cuando con motivo de la canonización de los mártires del Japon, y del centenario de la crucifixión de San Pedro, llama á su derredor á todos los Obispos que viven en la comunión de la Santa Sede, ya que un decreto opresor impide á la mayor parte de los de Italia asistir, como era de

costumbre, á tales solemnidades;—cuando los fieles á millares, cargados de preciosos dones, se agolpan á las puertas de Roma, para festejar la segunda Misa del quincuagésimo aniversario, con la pompa que no tuvo la primera del abate Mastai, en la modesta capilla del Hospicio de Tata Giovanni, ántes ignorado, hoy célebre, por estar vinculado su nombre á la gloria imperecedera de su bienhechor;—cuando condena en el *Syllabus* los extravíos de la inteligencia humana, seducida por una filosofía bastarda, que apenas ha sabido revestirse con las variadas pero siempre odiosas formas, de los errores dominantes en épocas tenebrosas;—cuando convoca á todos los Padres de la Iglesia dispersa, para reunirlos en Concilio bajo las bóvedas del Vaticano, y tratar las cuestiones mas árduas sobre el dogma, moral, ritos y disciplina, puestas á discusión por un siglo presuntuoso, sin otra mira y sin otro estímulo que el odio encarnizado á la Iglesia Católica y á sus instituciones.

¿Hizo mas nuestro ilustre Pontífice? Sí, y mucho, en favor de la Italia, su patria muy querida;—en favor de la Siria, perseguida incesantemente por los enemigos del cristianismo;—en favor de la Polonia, que gime bajo el férreo yugo de la Rusia cismática, autorizada por las otras potencias, que con el silencio se han hecho cómplices de su crueldad;—en favor de la católica España, cuyos políticos han apostatado alguna vez de sus antiguas tradiciones;—en favor de la Inglaterra, al restablecer la gerarquía eclesiástica, usando de la libertad concedida allí al catolicismo, á consecuencia de las instancias enérgicas, y al mismo tiempo discretas, de aquel famoso Arzobispo de Westminster, del eminentísimo Wiseman;—en favor de la Irlanda, oprimida por el protestantismo y patrocinada siempre por la Santa Sede;—en pro de la sociedad moderna, atrayéndola de continuo á la religion verdadera, única fuente de vida y de salud, de prosperidad y de gloria..... Pero ¡á dónde voy, señores, quién puede referir lo que ha hecho Pio IX por la Iglesia, por el mundo en-

tero? ¿Quién alcanzará á describir el admirable desarrollo que ha dado al catolicismo, á pesar de la porfiada conjuración de todas las sectas? Baste decir que ninguna causa de interés permanente social ó religioso, se ha ventilado en su tiempo, que no haya pasado por sus manos. Y observad de paso, señores, que las cuestiones que hace mil años entusiasmaban á la multitud, el día de hoy á ninguno preocupan; y las que ahora agitan al mundo desaparecerán dentro de poco, con el motivo que las produce y las sostiene. Solo la Iglesia católica será, como lo ha sido siempre, atacada y defendida; y tendrá, hasta la consumación de los tiempos, hijos que se sacrifiquen por ella. El papado, manantial de luz, nunca se extinguirá, y fijando las miradas de todos, servirá de faro á los pueblos que no quieran naufragar en el océano del error.

Abandono, señores, la empresa y me confieso impotente para decir lo que fué Pio IX como Pontífice y como Rey. ¿Y habrá alguno capaz no ya de ponderar, pero ni siquiera de referir las prendas y virtudes personales que lo hacían el ídolo de cuantos tuvieron la dicha de conocerlo? Muy rara vez se han reunido, en grado tan eminente, las dotes de la naturaleza, las de la inteligencia y las del corazón, con la majestad y la modestia, con la grandeza y la abnegación, con la energía y la mansedumbre, con el valor y la moderación que infunde el sentimiento de la propia debilidad: en suma, con las virtudes al parecer incompatibles, cuyo conjunto inspiraba, en los enemigos el mayor respeto, en los indiferentes la más viva simpatía, y en los adictos el amor tierno é invencible que rayaba en el más ardiente entusiasmo.

¿Cuántos ejemplos que no me es dado siquiera enumerar, por falta de tiempo, se agolpan á la memoria, para confirmar estas aseveraciones! Afortunadamente la verdad aprisionada se ha escapado mil veces de la boca de los revolucionarios, convertidos sin conocerlo ellos mismos, en fervorosos panegiristas del bueno, del

esclarecido, del digno soberano y más digno Pontífice de la Iglesia Santa.

Para vislumbrar la gloria de este varón ilustre, recordad, señores, que según el sagrado libro del Eclesiastes, no todos los tiempos son los mismos. Hay unos prósperos y otros adversos para la celebridad: hay siglos fecundos en grandes hombres y siglos estériles: épocas de hombres eminentes en virtud, y otras de perversos insignes. La historia nos ofrece ejemplos muy notables. ¿Qué siglo más fecundo en sabios de primer orden que el siglo de Luis XIV? ¿Cuál ha excedido al de Teresa de Jesús, en santos de heroicas virtudes? Al contrario en el de Voltaire y Rousseau, ¡cuántos filósofos incrédulos!

Pero nuestro siglo, vario en su fisonomía, puede considerarse como el conjunto de notabilidades en los más opuestos sentidos: porque es siglo de luces y de tinieblas, de civilización y de barbarie, de adelantos y de retroceso: en él se llama progreso lo que está muy lejos de merecer tal nombre; se califica de luz á las tinieblas, de ilustración á la ignorancia, de virtud al vicio, de firmeza á la cobardía y aun de patriotismo á la falta absoluta de virtudes cívicas. Ahora bien, para que un personaje en medio de esa espantosa Babel se haya hecho como Pio IX honrosamente célebre; para que haya merecido los elogios de la generalidad de sus contemporáneos, que han reconocido en él tantas cualidades, tantas virtudes, tantos merecimientos, preciso es que traspase la medida común; preciso es buscar otra que llegue á su estatura colosal.

¿Dónde hallar esa medida?

En vano se busca fuera de la religión. Fijos en esta idea, no debe sorprendernos que ni la fortuna próspera, ni la adversa detengan al gran Pio en la carrera del bien. Seguidle en ese largo y espinoso sendero, y le vereis, unas veces objeto de la admiración y del reconocimiento público, otras de la diatriba y de la

calumnia; pero siempre solícito, como Soberano, por la sólida ventura de la Italia; y como Pontífice, por la franca propagacion del Evangelio, en su conocimiento teórico, y más en su ejercicio práctico.

Por esto el espíritu de religion y de piedad, que es tambien espíritu de ciencia, de consejo y de fortaleza, domina en todos los actos de su vida pontifical; vence todos los obstáculos que le oponen de buena ó de mala fé, los que no lo entienden, ó afectan no entenderlo, y triunfa de todas las contradicciones en las crisis mas terribles. ¿Quién de los que me escuchan no admiró, al saber en su tiempo, ó al leer en la historia de la Iglesia, aquella calma, aquella serenidad con que Pio IX emprendió la salida de Roma, ó mejor dicho, su evasion del poder de encarnizados enemigos, cuyo aborrecimiento excedió al entusiasmo de la víspera, y le obligó á refugiarse en la roca de Gaeta, célebre hoy, obscura hasta entonces?

No es éste, bien lo sabeis, el único rasgo de entereza de ánimo, que se registra en las páginas de su pontificado. La paciencia para sufrir á los rebeldes, á los hipócritas, á los pérfidos, á los ingratos, ha sido tambien la virtud característica de toda su vida y ha brillado en último grado, animada por la caridad mas ardiente, que se consagra al bien de todos los hombres, reputándolos por hijos suyos, á semejanza del Padre celestial, que hace nacer el sol sobre los buenos y los malos, sobre los fieles é infieles, sobre los agradecidos lo mismo que sobre los ingratos.

Pero ¿quereis saber en qué consiste la verdadera gloria del héroe cristiano? ¡Ah! señores; más instruido en la ciencia de salvarse que en el arte de distinguirse, aprende desde niño el uso que debe hacer de las prosperidades, y cómo ellas han de subordinarse á las leyes divinas, en que están inscritos los atributos de la verdadera gloria. Sustituye la abnegacion de sí mismo, á la grandeza humana; aleja cuanto puede lisonjear el orgullo, y descansa á la

manera de una inmensa estatua, sobre el cimiento de la humildad; y porque á todos ama como á sí mismo, infunde en los que se le acercan, no solo el respeto, sino la adhesion mas entusiasta; cierra las puertas de su corazon á las alabanzas que se le tributan, por muy espontáneas y merecidas que sean; desconoce el mérito en sí mismo, por considerarlo incompatible con el amor á Dios sobre todas las cosas; no le es posible renunciar, como quisiera, la celebridad, pero adivina el secreto de consolidarla, revistiéndola con los cándidos ropajes de la virtud. Tal fué la táctica de nuestro Santo Pontífice en la lucha no interrumpida, de los sentidos contra el espíritu, del mundo contra la religion, de la naturaleza contra la gracia.

Señores, á la vista de este modelo tan perfecto, forzoso es desengañarnos y aprender á menospreciar este mundo, cuya figura pasa, cuya gloria es efímera, cuyas grandezas, sin exceptuar los triunfos del espíritu y las sublimes afecciones del corazon, no merecen otro nombre que el que les dió el mas sábio de todos los reyes: *vanidad de vanidades y todo vanidad*. Si el ruido tumultuoso de las alabanzas públicas no se acalla con el silencio de la modestia, ni se cubre con el velo de la abnegacion, perecerá con el héroe en el sepulcro: *perit memoria eorum cum sonitu*. Todo lo que el tiempo mide y la muerte destruye; todo lo que es incapaz de atravesar junto con nuestra alma las puertas del sepulcro, de reinar en el cielo y de vivir en la eternidad, debe ser arrojado al instante de nuestro corazon. ¿Lo hacemos así? ¡Ah! en ese caso, la deidad á que damos el título de gloria, el conjunto de goces efímeros que nos atrevemos á nombrar felicidad, y la embriaguez de las pasiones que nos embelesa y fascina por un instante perderán todos sus encantos, y nos dejarán libres para asirnos como el náufrago, de la última tabla, que es la verdadera y sólida virtud.